Esposa querida, no todos volverémos de los campos de | hija, é ingrata á tantas bondades, pues en vez de parti-Ilion; los Troyanos, así la Fama lo pregona, están dota- cipar del dolor de su señora mantenía con Eurímaco ilicidos de gran denuedo y son diestros en disparar dardos y tos tratos, le dijo: flechas y en precipitarse en veloces carros contra el enemigo, decidiendo en un momento de la suerte del combate. Ignoro, pues, si consentirán los dioses que vuelva á este estado en compañía de principes. ¿Tanta soberbia te da suelo, ó si mi cuerpo quedará sepultado en los campos de la guerra. Si no vuelvo, vela por mis bienes v mi casa: sean mis padres objeto constante de tu solícita terneza. v cuando el bozo apunte en el labio de mi hijo, elige por esposo al príncipe más digno de tí, y deja mi palacio. Estas fueron sus palabras, y hállome en el punto de dar cumplimiento á su mandato postrero. El dia fatal en que he de ver encenderse la antorcha de odioso himeneo se acerca para mí, desventurada mujer á quien Zeus ha arrebatado la sombra de la dicha. Y aumenta aún más la pena con que está mi pecho atravesado, considerar la insolencia con que, al pretender mi mano, se conculcan las leyes de las edades pasadas. Hasta hoy ha sido costumbre que cuantos rivales aspiraban á la mano de distinguida mujer, de la hija de un hombre poderoso, ofreciesen escogidas víctimas para los sacrificios y festines á que invitaban á los parientes y amigos del objeto amado, y diesen pruebas de su liberalidad con preciosos regalos; jamas se había creido que pudiesen impunemente introducir el tumulto, el desórden y la ruina en la casa de la mujer que por esposa pretendían,

"-Pues esto piensas, contestôle Antinoo, acepta ; oh reina! los presentes que cada uno de nosotros va á ofrecerte; rehusarlos sería ultrajarnos. Pero sabe, y otra vez te lo declaramos, que no volverémos á nuestros hogares ni saldrémos de este palacio sin que nos hayas dicho quién, entre los insignes príncipes que aquí nos encontramos, es digno de llamarse esposo tuvo "

Todos aprueban y aplauden las palabras de Antinoo, v sin dilacion envían á sus heraldos en busca de ofrendas y regalos. Vestidos con ricas bordaduras, gargantillas de ámbar v oro, pendientes, brazaletes y otras magníficas joyas presentan los amantes á Penélope, y ésta volvió á su estancia seguida de sus damas, cargadas con los preciosos objetos.

Los pretendientes continuaron entregados á los placeres de la música y la danza, y así que declinó la tarde y se extendieron las nocturnas sombras, fueron encendidas con ricos y olorosos troncos varias fogatas que difundían por la sala luz y calor. Las doncellas de Penélope estaban encargadas de alimentarlas.

"-Esclavas de un rey cuya ausencia se prolonga ya demasiado, les dijo Ulises con indignacion, no es este | hoy los dioses, por lance inesperado, encendiesen aquí el vuestro sitio; marchad á la estancia de vuestra reina fuego de la guerra, ciñera mi frente férreo yelmo, venerable á hilar ó preparar la lana. Yo cuidaré de los tuviera escudo y blandiese mi diestra la lanza, verías

lanto, de purpúreas mejillas, criada por Penélope cual Pero, bien lo conozco, el ultraje sale de tus labios por-

"-Loco estás sin duda, miserable extranjero; anda á dormir al raso ó á la pocilga, que harto tiempo has haber vencido al mendigo Irus? Teme que de otra no salgas tan bien librado y te arrojen de aquí á palos.

"-¿No ves, miserable, que Telémaco está aquí? dijole Ulises con terribles miradas; con que le diga una palabra sola, te condenará á morir en prolongado y espantoso suplicio. "

Asustadas aquellas mujeres se retiraron chillando, y Ulises quedó junto á las fogatas; aunque en apariencia se limitaba á alimentar la llama, examinaba con detencion á los magnates uno á uno, deliberando en su mente sobre futuros planes.

No estuvo por mucho tiempo contenida la arrogancia de los pretendientes, pues á fin de que el dardo del dolor y de la ira se hundiese más y más en el corazon del héroe, dice el poeta, así lo procuró Minerva. Eurímaco dirigió á Ulises injuriosas chanzas, que fueron recibidas por sus compañeros con estrepitosas car-

"-Amantes de la más ilustre de las reinas, dijo una vez; oid un pensamiento que en este instante me acude. Beneficio de los dioses ha sido la venida de ese extranjero á la morada de Ulises: su cabeza calva en la que no crece ni un cabello, refleja el brillo de las llamas y nos sirve de farol. Amigo, continuó dirigiéndose al héroe, ¿quieres ser esclavo mio? te enviaré á mis haciendas y allí te ocuparás en formar vallados con bardas y arbustos, ó en hacer plantaciones, recibiendo en cambio el diario sustento, y ademas vestido y calzado. ¿No te parece esto buen salario? Pero ya lo veo, tendrás en horror el trabajo, y prefieres ir de puerta en puerta pordioseando con voz desfallecida y temblo-

A esto respondió Ulises:

"-Eurímaco, si en la mitad del estío, estacion en que los dias son muy prolongados, nos dirigiésemos tú y yo á un prado, ámbos armados con la corva falce, y que en ayunas y sin tomar aliento guadañáramos en competencia la abundante hierba desde la aurora hasta la noche; ó si en dilatado campo guiáramos cada uno un arado arrastrado por poderosa yunta, iguales las dos en fuerzas y en años, conocerías entónces adónde mi vigor alcanza y quién, de tí ó yo, siega más heno ó abre surcos más profundos y extensos. Y tambien si cómo me lanzo á lo más recio de la pelea y conocerías Miráronse las mujeres con burlona sonrisa, y Me- con cuánta injusticia me tienes por perezoso y débil.

te consideras invencible héroe porque te ves rodeado de magnates para quienes las proezas son desconocidas: que si volviera Ulises á este palacio, esas anchas puertas habrían de parecerte estrechas en tu precipitada fuga.

"-: Miserable! gritó Eurímaco con enfurecido acento, pronto vas á experimentar el peso de mi venganza. ¿Es posible que con tal altanería hables en medio de esta ilustre asamblea? El vino te ha trastornado."

Y levantando su escabel, arrójalo con fuerza á la cabeza del mendigo; para evitarlo, Ulises se inclina, y el proyectil fué á dar en el copero, quien, herido en la espalda, cayó derribado al suelo profiriendo lastimeros

Gritos y tumulto llenan el palacio, y oíase entre la confusion, quien decía:

u −1Dioses! ¿por que no habrá muerto ese vagabundo ántes de arribar á Itaca y de introducir así entre nosotros la discordia y la guerra? No es justo que por un vil mendigo desaparezca de nuestros festines la armonía y el placer que de ella resultaba.

"-Príncipes, dijo Telémaco, de vosotros se anodera el furor, los dioses os incitan á la discordia, v aunque no es mi ánimo expulsaros de este palacio, creo que haríais bien en separaros para gozar en vuestros hogares de paz v sosegado sueño."

Tambien Anfinomio se esfuerza en calmar los irritados ánimos

"-Amigos, dice, seguid mi consejo. No maltrateis más á ese infeliz extranjero, ni á ninguno de los servidores del ilustre Ulises. Copero, dá comienzo á las libaciones. v cumplido que havamos con este deber. retirémonos todos á nuestras moradas. Ese extranjero que ha pedido hospitalidad á Telémaco, ha de quedar bajo el amparo del príncipe en los hogares de Ulises."

Estas palabras logran sosegar á la tumultuosa asamblea: derramado el vino en honor de los dioses v apuradas las copas, los pretendientes se retiraron en eilencio

Solos que estuvieron, dijo Ulises á Telémaco:

"-Hijo mio, sin perder un momento, traslademos á lo alto del palacio cuantas armas se encuentran en el salon. Si los príncipes te preguntan acerca del hecho. diles que has querido librarlas del humo é impedir que el orin acabe de consumir los gloriosos trofeos que te deió Ulises cuando partió para Troya. Añade que inspirado sin duda por un dios, al considerar lo que hoy ha sucedido, has temido que el ardor del vino excitase entre ellos contiendas y combates."

Dôcil á la órden de su padre, llama Telémaco á la fiel Euriclea, y le dice :

reras de Penélope, pues quiero en secreto trasladar al eleva entre tus compañeras. Teme el enojo de tu señora,

que es tu corazon duro y soberbio. Te crees grande, | piso superior las magnificas armas de mi padre, vergonzosamente enmohecidas por el orin y el humo miéntras no he sido más que un niño.

"-Quieran los dioses, hijo mio, respondióle la nodriza, que tu discrecion haya llegado ya á punto de conservar tus bienes y gobernar tu casa. Pero dime, en tanto que en ello te ocupas ¿quieres que una esclava te preceda con la antorcha en la mano?

"-El extranjero alumbrará, dijo el príncipe. Quien se alimenta con mi pan justo es que con algo lo

Cerrada por la nodriza la puerta del gineceo, apresúranse Ulises y su hijo á trasladar los yelmos de bronce, los cóncavos escudos, los acerados dardos. Minerva, invisible, los precede, sosteniendo dorada antorcha que esparce por toda la casa viva y celestial claridad.

«- ¡Estupendo prodigio! exclamó Telémaco admirado. El palacio todo, las paredes, las bóvedas, las altas colunas, los más apartados aposentos brillan con luz deslumbradora. Una divinidad del Olimpo, imposible es dudarlo, está próxima á nosotros.

"-Calla, hijo mio, respondió Ulises, nada me preguntes y reprime los sentimientos de tu corazon. De este modo se manifiestan en verdad los señores del Olimpo. Retirate ahora para entregarte al necesario descanso; yo me quedo aquí todavía á fin de conocer más y más á las mujeres de palacio y tener con tu madre interesante conferencia."

Obedeció el príncipe, y á poco se presentó Penélope seguida de sus camareras. La reina, que tenía las gracias de la rubia Afrodita y la majestad de Artemis, se sienta iunto al fuego en sitial de oro y marfil, en tanto que las esclavas retiran y ponen en órden los resíduos y las copas del festin.

En esto Melanto prorumpió por segunda vez en invectivas contra Ulises.

"- ¿Es posible, le dijo, que te encuentre aún en este sitio y que te atrevas á rondar de noche por estos salones? Sal de aquí, miserable, y pues te has dado un hartazgo, no esperes á que con este tizon te arroje

"-¿Por qué ultrajarme así, desventurada? díjole Ulises; sin duda porque soy viejo, porque me cubren andrajos y es mi sustento el pan ajeno. Piensa, empero, que á ello me reduce mi rigurosa suerte, y que la tierra está por desgracia llena de pobres y desgraciados. Hubo un tiempo en que dichoso tuve por morada magnifico palacio; mi mano dadivosa socorría con frecuencia al indigente, y rodeado de turba servil gozaba de cuanto poseen aquellos cuya existencia transcurre entre delicias. De pronto Zeus, como justo castigo sin duda, convirtió en humo mi dicha. Aprende, pues, y teme perder en un momento cuanto ahora te envanece, tu «-No permitas que salgan de su estancia las cama- frágil belleza, el favor con que tu reina te distingue y

v tambien el regreso de Ulises, que no puede tardar: nero aun cuando el rey hubiese muerto y se hallase ya en el sepulcro, ¿cómo no ves que, merced á Apolo, tiene en Telémaco un hijo para el cual no han de pasar desanercibidas las maldades de sus esclavas, un hijo que ha dejado de ser niño y que sabrá castigarlas?

Penélope, que ha oido estas palabras, dijo con severidad á Melanto:

"-Imprudente eres, y sobre tu cabeza han de caer tus faltas. De mis propios labios has oido que deseaba hablar con ese extranjero acerca de mi esposo, y sin embargo, le agravias. Eurinomia, arrima un taburete para que en él se siente; deseo interrogarle, »

Sentôse Ulises conmovido junto á su bella esposa, y ésta continuó:

"-Permite joh extranjero! que empiece con estas preguntas: ¿quién eres? ¿quiénes fueron tus padres? ¿dónde has nacido?

"-En toda la extension de la tierra, exclamô Ulises, no existe hombre que no admire tu discrecion y virtud: vuela tu fama hasta la bóveda celeste, y no es menor que la del buen príncipe que, semejante á los inmortales, reina en pueblo numeroso y esforzado. Al benéfico influjo de su paternal gobierno, doran ricas mieses las feraces campiñas, dóblanse los árboles al peso de su fruto, es el ganado vigoroso y fecundo, pululan en las aguas los peces, y transcurren para los pueblos afortunados dias. Pregúntame sobre cuanto quieras á excepcion de mi cuna y de mi patria, si no deseas despertar en mi recuerdos que aumenten mi tristeza. Mortal entre todos infortunado, no es razon que en extranjera morada prorumpa en quejas v sollozos, pues el llanto tiene, como todo, sus límites v ha de tener en cuenta tiempos y lugares.

"-Extranjero, dijo Penélope, tambien vo lucho con grandes desdichas que empezaron el dia en que los Griegos se embarcaron para las riberas de Trova; con ellos marchó mi querido Ulises, y desde entónces, sola y viuda, me han sumido los dioses en la tristeza y el luto. Los principes de Duliquio, de Samé, de Zacinto y hasta de Itaca me instan para que corresponda á su amor y devastan mi palacio, lo cual es causa de que preste escasa atencion á mis huéspedes v á los infelices que á mi acuden. Nuestros heraldos, revestidos de público y sagrado ministerio, apénas reciben de mí una sola órden, consumido y angustiado como está mi corazon, suspirando únicamente por el regreso de Ulises. Que cuanto ántes se encendiera la antorcha de himeneo ha sido el constante deseo de mis perseguidores, y contra ellos no he tenido más recurso que las estratagemas. Dió motivo á una de ellas el designio que sin duda me inspiró una divinidad de bordar una tela de finísimo tejido y de considerable extension. - Jóvenes que aspirais á mi desgracia lo anuncia su prolongada ausencia, mas por y las víctimas destinadas á ser sacrificadas á los dioses

intenso que sea el ardor de vuestra pasion esperad que concluyan mis manos la labor del velo fúnebre destinado á un héroe, al anciano Laertes. Cuando la muerte no ha de tardar en herirle v está el velo empezado, ¿podréis querer que quede sin concluir? Si ese poderoso rey descendiese al sepulcro sin obtener de mí la mortaja, sería execrado mi nombre por las mujeres todas de Grecia.-Cedió su altivez á estas palabras mias, y desde aquel momento, libre de su persecucion y encerrada en mi estancia, consagraba el dia á la labor, que luego por la noche v á la luz de mi lámpara, era deshecha por mis propias manos. De esta manera logré entretenerles durante tres años; así pasaron horas, dias y meses, y llegado el cuarto, vendida por mis esclavas, indiferentes á mi desconsuelo, fui sorprendida por los principes y hube de ceder á sus amenazas, concluvendo al fin el laborioso velo. No me queda va recurso alguno para evitar ni diferir mi himeneo: los autores de mis dias me excitan á elegir esposo, y crece en mi hijo, capaz ya para gobernar la casa, la ira v el enojo á la vista de los insolentes que destruven su herencia. Pero sean cuales fueren mis penas, deseo saber tu origen; contesta á mi pregunta, pues no me pareces uno de esos hombres oscuros é ignorados de quienes se dice que han nacido de un roble ó de una peña.

"-Pues te empeñas en conocer mi origen, venerable esposa de Ulises, á decírtelo voy. Seguro es que con ello renovarás v anmentarás mis penas, como es natural en quien, aleiado de la patria, anduvo errante de ciudad en ciudad sin hallar más que desventuras; pero tú lo quieres, y es fuerza obedecerte.

"Entre encrespadas olas álzase en el negro mar la hermosa v feraz isla de Creta, poseedora de innumerable pueblo v adornada con cien ciudades que diversas naciones fundaron: los Aqueos, los Cretenses indígenas, tres tribus dóricas, los Cidonios y los nobles Pelasgos. Encuéntrase allí la inmensa ciudad de Gnoso, en la que reinó Minos, admitido una vez cada nueve años á conferenciar con Zeus. Minos fué mi abuelo, pues nací, lo mismo que el rey Idomeneo, del famoso Dencalion. Eton me pusieron por nombre, y aunque lo he hecho despues glorioso, era yo aun muy joven cuando mi hermano partió con las naves en pos de los Átridas; por tal motivo quedéme en el palacio paterno, y en él ví á Ulises y le presté los honores de la hospitalidad, pues bogando con ardor hacia Ilion, fué arrojado á nuestras costas por impetuoso viento. Al llegar á Gnoso preguntó por Idomeneo con quien dijo que le unían estrechos y amistosos lazos; pero ya la Aurora había iluminado diez ú once veces los cielos desde que las proas de mi hermano surcaban los mares, empujadas hacia las tierras de Ilion. Acompañé al noble extranjero á palacio, donde nada omiti para recibirle dignamente, hice que la ciudad mano, les dije; el gran Ulises habrá muerto; así por le proporcionara á él y á sus compañeros el pan, el vino

que no permitía estar de pié ni siguiera en tierra firme, señor." volvieron otra vez al mar y se alejaron."

De esta manera, dice el poeta, sabía dar Ulises á inventadas fábulas los colores de la realidad. Miéntras hablaba, las lágrimas de Penélope que no perdía una palabra de su relato, corrían en abundancia, y parecía que sus ojos habían de convertirse en rios. Así en la cumbre de los montes se derriten las nieves que fueron traidas por los vientos de Occidente, al suave y grato aliento de los que soplan del Mediodía: corren rápidos los arroyos y se precipitan en los rios que se desbordan en su veloz carrera, v así eran los torrentes que inundaban el semblante de Penélope, deshecha en llanto por la pérdida del esposo que tenía delante. Aquellos angustiosos quejidos, aquel amargo desconsuelo, despiertan en el pecho de Ulises compasion profunda; pero como si sus ojos fuesen de roca ó de hierro no se mueven entre sus inmóviles párpados, y es tanta su destreza en el arte de fingir, que no se le escapa ni una sola lágrima.

Transcurrido largo tiempo en llanto y en sollozos, dijo Penélope.

"-Extraniero, no dudo de la exactitud de tu relato: mas para convencerme más v más de que, segun afirmas, has recibido en tu palacio á mi esposo y á sus ilustres compañeros, necesito poner tu veracidad á prueba. Describeme sus vestidos, dame las señas de alguno de sus guerreros.

"-Dificil es ; oh reina! respondió Ulises, conservar memoria de tales pormenores despues de veinte años: sin embargo, te diré algunas circunstancias que recuerdo todavía.

"Llevaba el divino Ulises holgado y purpúreo manto de lana fina y suave, prendido por hermoso y dorado broche, y embellecido con rica bordadura de oro representando un sabueso que tenía sujeto á un cervatillo, pero con tan rara perfeccion ejecutada, que aquellos animales nos parecían á todos vivos y animados. Igualmente nos llamó la atencion la túnica que rodeaba el cuerpo de Ulises, por lo sutil y blanca, pero no puedo decirte si va llevaba esos vestidos al marchar de su palacio, ó si los recibió por el camino como precioso regalo de parte de alguno de los reves que le acompañaban á Troya, 6 de aquellos que le albergaron en sus casas, pues Ulises contaba con muchos amigos y de él se puede decir que tenía pocos iguales entre los héroes de Grecia. Tambien yo puse en sus manos, en calidad de presente, una espada de acero, un manto de una púrpura rara y una túnica larga v de gran precio, y le acompañé respetuosamente hasta su nave. Seguiale un heraldo que tendría algunos años más que él, de anchas espaldas, de color atezado, de cabello crespo; Euríbates se á llegar, yo te lo juro. Á Zeus, señor de cielo y tierra,

y á hacer olvidar á los cansados guerreros sus pasados | llamaba, y entre los compañeros de Ulises su buen apuros entre los placeres de la abundancia, hasta que humor y sus sentimientos compasivos y justicieros transcurridos doce dias, calmado el terrible viento habíanle merecido grandes distinciones de parte de su

A tales palabras, cuya exactitud sabe Penélope, rompe ésta en nuevo y copioso llanto. Despues de darle libre curso, dijo:

"-Si hasta ahora joh extranjero! he sentido piedad por tu suerte lastimera, en adelante serás en mi palacio querido y honrado. Aquellos vestidos, por mis manos doblados, fueron entregados por mí misma á mi esposo en el acto de partir: vo misma prendi el hermoso y dorado broche. ¡Ay! Jamas tendré la dicha de volverle á ver. ¡Destino funesto el que arrastró su nave á las torres de Ilion, nombre aborrecido!

"—Cesa, venerable esposa de Ulises, de agostar tu hermosura v consumir tu vida llorando al consorte, dijole el héroe. No condeno tu llanto; ¿qué mujer podría ver insensible la pérdida de aquel cuyos dias estuvieron. desde su primavera, unidos á los suyos por los lazos de dichoso himeneo, de un esposo á quien dió hijos, áun cuando fuese inferior á aquel caudillo, de quien se decía ser semejante á los dioses? Pero calma tu afficcion, ôveme atenta, v cree que te diré la verdad. Ulises vive. no está leios. Detenido en la feliz Thesprotia, se dispone para emprender la travesía á Itaca, travendo para tí preciosos regalos que ha recibido de príncipes y pueblos. En cuanto á sus queridos compañeros todos han muerto; tragólos el mar á ellos y á la nave al dejar la isla de Trinacria, justo castigo de Zeus y Helios, cuyas becerras inmolaron. Todos quedaron sepultados en los abismos del mar; sólo él se salvó en una tabla del buque y fué arrojado por las olas á las costas de los Feacios que son el pueblo predilecto de Zeus. Honrado por ellos como un dios, colmado de dones. Ulises se negó á aceptar el ofrecimiento que le hicieron de traerle directamente á Itaca; de haberlo aceptado, tiempo haría que á esta isla habría llegado, pero deseoso de reparar las pérdidas experimentadas, recorrió otras varias comarcas. No hay hombre que le aventaje en inventar recursos para triunfar de la desgracia; en este punto nadie le disputa la palma. Esto me contó Fidon, rey de los Thesprotos, y un dia, haciendo libaciones en su palacio, juróme que nave y remeros estaban dispuestos para conducir el héroe á sus hogares. Aprovechando la salida de un buque thesproto que hacía rumbo á la fértil Duliquio, marché ántes que él, despues que Fedon me hubo mostrado los tesoros de Ulises, suficientes para sostener á una familia hasta la décima generacion. Por el mismo rey supe que el héroe interrogaba en Dodona el frondoso roble, oráculo de Zeus, en la incertidumbre de si le convenía, despues de tan larga ausencia, presentarse en Itaca á rostro descubierto ú oculto entre misterio. No tengas, pues, duda de que respira, de que va á este hogar de Ulises pongo por testigos de que has de | extranjero querido, precisamente existe aquí lo que ver cumplidas todas mis palabras: Ulises se presentará deseas; tengo á mi servicio á una mujer ya anciana cuya este mismo año; más te diré, este mismo mes ó el dia prudencia y celo son notorios, y fué la fiel nodriza de primero del que sione

dijo Penélope; entónces sí que serían infinitas las pruebas de queda un soplo de vida, lavará ella tus piés. Levánque habrías de recibir de mi benevolencia; no habría tate, pues, discreta Euriclea, y presta ese servicio á un quien al mirarte no te proclamase afortunado. Pero anciano, que si no por la edad, por la desgracia, es viva ay! mucho temo que justifique el tiempo mis pre- imágen de tu señor. Tal como ese extranjero me representimientos, que Ulises no vuelva á este palacio, y sento á Ulises, sólo los dioses saben en qué punto en este caso te expones á no encontrar en él los recursos necesarios para volver á tu patria. No abrigan ya estos muros al rey que sabía cual ninguno honrar á los extran. el infortunio para empujar á los mortales hacia la decrejeros y conducirlos segura y dignamente á sus hogares, Pero áun así, añadió dirigiéndose á sus camareras, os mando lavar los piés de ese anciano y disponerle blando lecho. Mañana, al levantarse, le acompañaréis al baño y le perfumaréis, y en seguida comerá en esta sala en compañía de Telémaco. ¡Infeliz del esclavo insolente que le falte al respeto! Su castigo será tal que todos sus cuando no hubo príncipe que le ofreciese más ricas ofrentrabajos quedarán para siempre concluidos. ¿Cómo. huésped mio, podría justificar á tus ojos el elogio que de mí has hecho colocándome en discrecion y prudencia en lugar más alto que las demas mujeres si te admitiese á nuestra mesa cubierto de andrajos y manchado de polvo y lodo? Corta es nuestra existencia y limitada á muy pocos dias; el hombre duro é inhumano es objeto. todo el tiempo que respira, del odio y aborrecimiento público, que áun despues de muerto le persiguen con sus maldiciones. Por el contrario, el varon piadoso y bueno puede estar seguro de que los extranjeros difunden su fama á lo lejos y de que sale su nombre de los labios acompañado de elogios y bendiciones.

"-Bella esposa del hijo de Laertes, repuso Ulises; los vestidos magníficos y los lechos blandos son para mí odiosos desde el dia aquel en que, surcando las ondas, se aleió mi nave de Creta y desaparecieron á mi vista los nevados montes de la isla. Permite, pues, que continúe tendiéndome en el suelo para no cerrar los ojos en toda la noche. ¡Cuántas así he pasado, impaciente por ver asomar las primeras luces de la Aurora! Tampoco tiene ya el baño encanto para mí, y no consentiré que ninguna de las criadas de palacio lave los piés de este infeliz, á no ser que haya entre ellas una que, agobiada por el peso de los años, sea práctica en el ejercicio de las virtudes y tenga cual yo dilatada experiencia de los trabajos y sinsabores de la vida. Sólo encontrándose aquí una mujer de tales circunstancias podría permitir que lavase mis piés fatigados por el largo camino "

Al oir esto Penélope, con semblante satisfecho, le contestá.

"-Extranjero querido, y así te llamo porque ninguno de cuantos han sido por la suerte guiados á esta

aquel á quien lloramos, que le recibió en sus brazos al "—¡Quiera el cielo que se realicen tus palabras! nacer y que le crió con solícito cuidado. Aunque sólo remoto de la tierra; como los suvos serán vacilantes sus pasos y sus brazos caerán desfallecidos, que no hay como

> Euriclea se adelantó, y cubriéndose el rostro con las manos dijo con entrecortados sollozos:

"-: Oh hijo mio! ¿cómo es posible que abandonada por tí hava podido resistir á la amargura de tu ausencia? Por qué, por qué el encono con que Zeus te persigue, das ni tantas y tan escogidas hecatombes como tú sin cesar le has ofrecido? No hubo dia que no le pidieras alcanzar sosegada ancianidad y gozar del consuelo de educar á tu noble hijo, y aquel dios, sordo á tus preces y á nuestros suspiros, te aleja para siempre de tu patrio hogar! Quizas cuando en apartada region llega el desgraciado á un palacio como este, le acosan las criadas con sus dicterios como te han ultrajado joh anciano! esas desgraciadas. Bien has hecho, pues, en no querer que toquen á tus piés, v apresurándome vo á cumplir el mandato de la discreta Penélope, los lavaré tanto por obedecer á mi señora como por amor que te profeso. Sí, porque entre tantos infelices como á esta morada han venido, á ninguno he visto que como tú se pareciese á Ulises: tienes su misma estatura, su mismo porte y hasta tu voz es la suva.

"-Buena anciana, dijo el prudente Ulises, no te ha engañado tu penetrante mirada, pues existe, en efecto, entre los dos completa semejanza: cuantos me conocen aseguran que quien me mira ve á Ulises,"

Trajo Euriclea lo necesario para lavar los piés, y Ulises, que se hallaba sentado junto al fuego, volvióse de espaldas á la llama, temeroso de que, viendo la nodriza la cicatriz que tenía en el muslo, inmediata á la rodilla, quedase descubierto su secreto.

La causa de aquella herida, indicada al principio de este capítulo conforme á vulgares tradiciones, es referida por Homero con alguna variante en estos términos:

"Hacía años que en el monte Parnaso fuera Ulises herido por el colmillo de un jabalí, en ocasion en que visitó á su abuelo el famoso Autolico, quien no reconocía entre los hombres superior en el arte de arrebatar por sorpresa un gran botin y de engañar por medio de ficciones y ambiguos iuramentos. Esta habilidad habíala morada, me ha inspirado la estimacion que por tí siento; recibido de Hermes, al que ofrecia constantemente

sacrificios v que era su habitual compañero. Llegó Autolico á Itaca á poco del alumbramiento de su hija, v dejaba el festin cuando Euriclea, poniendo en sus rodillas el recien nacido, le dijo:

tanto has deseado

"-Hijos mios, contestó, su nombre va á salir de mis labios. Hasta hov he hecho sentir por toda la tierra á gran número de mortales el peso de mi enojo; sea, pues, llamado Odiseo. Así que llegue á la adolescencia enviadle á Tessalia para ver en mi palacio á su abuela: yo reino allí feliz y opulento; le colmaré de presentes y regresará contento

"No deió Ulises de cumplir la órden así que hubieron pasado para él los años de la infancia. Autolico v sus hijos le abrazan y festejan; su abuela Anfitea le estrecha contra su pecho y con amor le besa, y en seguida, dispuesto espléndido festin, pasan juntos todo el dia en los placeres de la mesa.

"A la siguiente mañana los hijos de Autolico. seguidos de numerosa jauría, parten á caza al monte Parnaso, y Ulises los acompaña. El sol, abandonando el profundo seno del sosegado mar lanzaba sus rayos por montes y valles, cuando los cazadores emprendieron la áspera subida por una de las hondonadas que llevaban á la cumbre del monte, dominio de los vientos. La jauría que había sentido la pista de una fiera, volaba, más que corría, delante de todos, y Ulises, blandiendo un fuerte venablo, era quien más de cerca la seguía. De pronto, asustado por el estruendo de perros y cazadores, se levanta terrible jabalí de su apartado lecho de hojarasca, y erizadas las cerdas de su enorme cabeza, centellantes los ojos, se precipita al paso del jóven Ulises. No retrocedió éste, ántes bien, se adelantó hacia él empuñando la lanza con vigorosa diestra; mas la fiera, con eblícuo golpe, atravesóle con el colmillo el muslo junto á la rodilla, y sin interesar el hueso, abrióle ancha y profunda herida. El intrépido mozo dirige su lanza á la cruz del animal y la hunde con firme brazo, cayendo aquél espirante entre espantosos aullidos. Apresuráronse los hijos de Autolico á envolver con vendas, segun las reglas del arte, la herida de su primo, y á contener por medio de mágicas palabras la sangre que á borbotones manaba; trasladáronle luego al palacio paterno, y despues que con asíduos cuidados procuraron su curacion, le enviaron de nuevo, cargado de presentes, á su querida Itaca.

Esta cicatriz es la que toca la anciana Euriclea; la conoce, y poseida de confusos sentimientos de gozo v terror, suelta de sus manos la pierna de Ulises, que cae con fuerza en el agua; llénanse de lágrimas sus ojos, y con dificultad respira. Al fin, llevando la mano á la barba del héroe le dice:

-Tú eres Ulises, no me cabe duda. ¿Es posible. hijo mio, que no haya conocido á mi señor hasta tocarle con mis manos?n

Y disponíase alborozada á comunicar la gran nueva á Penélope, que ocupada en sus meditaciones no había observado lo sucedido, cuando Ulises, apretando con una mano el cuello de Euriclea para impedirle que "-Autolico, dá nombre á tu nieto, cuyo nacimiento hablara, y atrayéndola con la otra hacia sí, díjole en

"-¿Quieres perderme, nodriza? Despues de veinte años de incesantes infortunios vuelvo al fin á la tierra natal. v pues ha permitido un dios que me conocieras. guárdate de decir una sola palabra ni de que nadie sepa por tí tal secreto. Si no, por el cielo lo juro, cuando, ayudado por Atena, haya inmolado á mis altaneros adversarios, no hallarás gracia delante mí, por más que te ame como á nodriza mia que eres, y perecerás lo mismo que las indignas esclavas de cuya raza impura quiero librar mi palacio.

"-¿Qué oigo? ¿qué piensas de mí? dijo con esfuerzo la prudente Euriclea. ¿Ignoras acaso la firmeza de mi alma? Tu secreto quedará guardado en lo más hondo de mi corazon, que será impenetrable más que si fuese de roca ó acero. Concédante los dioses la victoria sobre tus audaces enemigos, y sabrás luego por mí cuáles son entre las criadas de este palacio las que te venden y las que te respetan.

"-Nodriza, respondióle el héroe, por mí mismo lo observo todo y nada se me escapa. Limítate á guardarme el secreto y deja lo demas al cuidado de los

Euriclea lava los piés de su señor y los rocia con odorífero aceite. Hecho esto, Ulises acerca su silla al fuego ocultando la cicatriz con sus vestidos.

"-Extraniero, dijo entónces Penélope, no he acabado aún de interrogarte, pues aunque llegada es la hora del sueño cuvo encanto subvuga hasta á los desgraciados, de mí sé decir que sin remision me oprimen los dioses con el peso del dolor. De dia, con los ojos clayados en mi labor y en la de mis camareras, es mi única delicia suspirar y dejar correr mis lágrimas; de noche, cuando duermen todos, en vano espero en mi lecho el benéfico reposo, pues en vez de secarse el llanto, me asaltan los pesares en tropel y con mayor furor. Así, en los albores de la primavera la hija de Pandaro, la dolorida Filomeles, oculta en el ramaje en lo más sombrio del bosque, entona sus quejumbrosos acentos y sus cántigas, aunque variadas, siempre tristes, llorando sin cesar á Itilio, al hijo que dió al rey Zetho, á su amado Itilio, á quien ella misma, fuera de sí, arrancó la vida; del mismo modo mi alma indecisa y turbada pasa sin descanso de uno á otro sentimiento, y vuelve al que acaba de dejarla. Las dudas y vacilaciones me atormentan: ¿he de permanecer al lado de mi hijo, y respetando el tálamo de mi esposo y mi fama continuar velando sobre nuestros bienes, sobre mis criadas y sobre este palacio, ó cesando al fin de luchar con mi destino, he de seguir, aceptando sus dones, al más ilustre de los principes que me pretenden? Miéntras ha estado mi hijo en | cio, mansion un tiempo de la opulencia y la dicha, infantil edad, nadie habría podido impulsarme á formar nuevos lazos y á salir de la casa de mi esposo: ahora one ha entrado en la adolescencia, es él el primero en desear que yo me venza y tome una resolucion contraria. tan indignado está mirando á esta isla entregada al nillaje por nuestros enemigos.

"Pero ove lo que en sueños he visto, v sé tú intérprete de su significado. Veinte ansarinos se crían en el natio del palacio, y algunas veces me divierto viéndoles romner el dorado grano; mirándolos estaba cuando de pronto un águila enorme, de largo y corvo pico, se precinita desde la cumbre del monte, hace en la manada horrible destrozo, y dejando en el patio sus cuerpos desnedazados, piérdese otra vez en el espacio inmenso de los cielos. Con llanto y gemidos contemplaba vo el triste espectáculo; las matronas más distinguidas de Itaca estaban reunidas á mi alrededor para consolarme, y en esto volvió el ave carnicera y posándose en el alero del tejado, tomó voz humana v me dijo:

"-Calma tu dolor, ilustre hiia de Icario; no es esto vano sueño, ántes bien la imágen de un suceso real que ha de causarte gran contento. Lo que has visto anuncio ha sido de los dioses: los ansarinos alimentados en el patio de esta casa, son la turba de tus pretendientes: yo, que he tomado la forma de un águila, soy tu esposo que vuelvo al fin para librarte de ellos y castigarles con desastrosa muerto

"Dijo, v disperté; mi primer cuidado fué mirar al patio, y en el sitio acostumbrado ví á las caseras aves picoteando alegres por el suelo.

"-Aquella es joh reina! dijo Ulises, la única interpretacion que al sueño ha de darse, y el mismo Ulises te ha declarado así lo que ha de suceder. La perdicion de tus pretendientes es segura; ninguno de ellos podrá librarse de la horrenda suerte que el Hado les prepara.

"-Arcano impenetrable son los sueños, repuso Penélope: vago v oscuro es su lenguaje y no siempre los confirma la realidad. Por dos puertas tienen paso esos fantasmas ligeros; por la una, de blanco marfil, sólo vienen á los mortales engañadoras quimeras; por la otra, que es de pulida y transparente concha, llegan (si hay mortal que lo haya visto) imágenes ciertas y reales. No habrá seguido mi sueño el último camino; si así fuese ¡cuánta, ay de mí, sería mi ventura y la de mi querido hijo! Pero lejos de mí esas lisonjeras ilusiones, pues tocando estoy al dia funesto en que habré de dejar para siempre la morada de Ulises. Antes, empero, pienso proponer á los rivales un ejercicio muy difícil; recuerdo que Ulises, á larga distancia, atravesaba con sus flechas doce sortijas puestas en otras tantas colunas de bronce que se levantan en el patio; aquel que logre armar, les diré, el famoso arco del héroe y haga pasar la flecha por donde pasaba la suya veloz y certera, aquél

cuyo recuerdo, hasta en sueños, acudirá á mi memoria.

"-Bien piensas, venerable esposa de Ulises, dijo el extranjero; proponles sin dilacion ese combate. Yo te prometo que ántes de haber logrado esos magnates afeminados é indolentes tender aquel arco y hacer pasar por las sortijas sus flechas, el prudente Ulises se presentará aquí mismo delante de tí.

"-Es tal joh extranjero! el gusto que en tu conversacion tengo, dijo Penélope, que de buen grado renunciaría por esta noche al necesario descanso. Mas como no debe el hombre forzar los limites por los dioses señalados á los mortales en la tierra, vovme á mi estancia á mojar, como siempre, con mis lágrimas mi solitario lecho. Entrégate tú al sueño debajo de nuestro techo, y pues así lo deseas, dispon en el suelo humilde cama por tí mismo ó por medio de mis servidores."

Dichas estas palabras, Penélope, seguida de sus camareras, se dirigió á su estancia, miéntras Illises dispuesto en el vestíbulo un lecho de pieles de ovejas, tendíase en él, v allí, despierto v vigilante, meditaba los medios de cumplir su venganza.

En esto las camareras de Penélope salieron de sus habitaciones, como todas las noches, para entregarse con hombres perversos á todos los excesos de la orgía. Bulle la ira en el pecho de Illises y tentado, está de levantarse y castigar con repentina muerte á sus disolutas esclavas. cansado va de sufrir indignos atentados; pero logra contenerse é impone silencio á la voz de su enojo.

"-Sosiégate, corazon mio, decía: mayores ultrajes padeciste el dia aquel en que á tu vista el indomado Cíclope devoró á tus esforzados compañeros, v sin embargo, los sufriste en silencio hasta que tu prudencia te abrió las puertas del antro donde parecía segura tu

Por estos pensamientos dominado y meditando planes y recursos para triunfar de sus numerosos enemigos, revolvíase Ulises en su lecho, cuando se le apareció Minerva, é inclinándose hacia él, le dijo:

"-Afortunado puedes llamarte entre los hombres, y sin embargo, pasa para tí la noche sin cerrar los ojos. Te hallas en tu palacio, junto á tu fiel esposa y en compañía de un hijo, digno de los dioses, y no estás

"-Conozco ; oh diosa! la verdad de tus palabras, respondió Ulises; pero no sin cierta zozobra estoy pensando en el instante en que, solo, habré de levantar el brazo contra los arrogantes magnates que forman siempre en mi casa numeroso grupo. Y ademas, áun cuando por voluntad de Zeus y con auxilio tuvo logre inmolar á la cohorte de mis enemigos, ¿cómo librarme de sus vengadores? Atiende, yo te lo ruego, á todos esos peligros v verás que no sin causa estov inquieto.

"-Hombre por demas desconfiado, repuso Minerva, me tendrá por suya y podrá llevarme lejos de este pala- un simple mortal, cuya fuerza y prudencia son siempre

muy limitadas, inspira á su compañero intrepidez en los peligros, v yo, diosa como soy, vo, que te amo v que velo por tí en cuantas empresas tu valor acomete, no consigo dar á tu ánimo serenidad y firmeza! Preciso es, pues, manifestarte mi poder; sabe que por más que nos rodeasen cincuenta cohortes armadas y deseosas de inmolarte, huirían delante de tí y sus rebaños pasarían á ser despojos tuyos. Deja que se apodere de tí el sueño; pronto llegará el instante en que te veas libre de tus infortunios "

Dijo, y miéntras ella asciende otra vez al Olimpo, benéfico sueño cierra los párpados del héroe, aparta de su alma los graves pesares y le sumerge en profundo

No sucedía así á la reina, la cual, incorporada en el blando lecho, lloraba v gemía.

"- ¡Oh Artemis, hija de Zeus, diosa por mí venerada! atraviesa mi corazon con una de tus saetas, vo te lo suplico. ¿Por qué tardas? ; Ah! quieran los dioses que deshecha tormenta me arrebate por las regiones del aire para sepultarme en los abismos profundos de los mares. De este modo desaparecieron las hijas de Pandaro, privadas por los dioses de los autores de sus dias y huérfanas en el palacio de su padre. Afrodita les dió por sustento leche, miel y delicioso néctar; Hera las dotó con la hermosura que es realce de la discrecion; de Artemis recibieron majestuoso porte, de Atena la sabiduría y la destreza, y Afrodita, que se había dirigido al alto Olimpo para rogar á Zeus que les otorgara el preciado don de afortunado himeneo, imploraba ya en su favor al dios que rige el universo y que es árbitro de los bienes y males que sobre los mortales se derraman, cuando de pronto las invisibles Arpías arrebataron á las princesas v las hicieron esclavas de las Euménides. Haced joh dioses! que de igual manera desaparezca yo del suelo. Hiéreme, Artemis, con repentina muerte á fin de que lleve conmigo la imágen de Ulises á la mansion tenebrosa y no me vea reducida á tomar un nuevo esposo, que ha de ser sin duda muy inferior al primero. ¡Dichoso, áun en medio de la desgracia, aquel que pasando los dias entre llanto y sollozos. yé, llegada que es la noche, acariciada su alma por el sueño, que extingue en nosotros la memoria así de la felicidad como del infortunio! En cuanto á mí, complácense los dioses en turbar los cortos instantes de mi reposo con vanas sombras y fantasmas; há poco he visto á mi esposo tal cual era el dia de su marcha y mi corazon nadaba en alegría.

Asomaron en esto las primeras luces del alba, y como en aquel instante la voz lastimera de Penélope llegase como un eco al oido atento de Ulises, levantóse éste apresurado, temeroso de haber sido conocido y de ver á la reina presentarse á su vista dándole el dulce nombre de esposo. Con las manos alzadas al cielo, imploró así á los dioses:

"-Gran Zeus. v vosotros todos moradores del Olimpo, ya que despues de afligirme con males sin cuento me habeis conducido por tierras y mares al suelo de mi patria querida, inspirad feliz agüero á algunos de los que en esta casa velan, y tú, señor del rayo, dígnate mostrar en los ciclos un prodigio que sea señal de tu benevolencia, "

À la plegaria del héroe contesta Zeus haciendo que ruede el trueno por el fulgurante Olimpo; á su estruendo reanímase la esperanza en el corazon de Ulises, y al propio tiempo ove como feliz presagio estas palabras pronunciadas por una de las esclavas que cada noche quedaban velando para moler el trigo y la cebada para el siguiente dia.

"-Cuando con tal estrépito joh Zeus! dijo, ruge el trueno en el cielo estrellado y sin nubes, señal favorable será para alguno de los mortales. Séalo tambien para mí, y ovendo propicio á una esclava infeliz, haz que hov celebren en este palacio de Ulises su postrer festin los pretendientes de la reina por los que he gastado mis fuerzas en el penoso trabajo del molino. ¡Caiga hoy para ellos la víctima postrera!"

Ya van saliendo las camareras y esclavas para entregarse á sus diferentes quehaceres, y Telémaco, dejando el lecho, con acerada espada en el cinto y teniendo en la mano su robusta lanza, se presenta en la puerta del salon, semejante á los inmortales. Su primer cuidado es informarse por medio de Euriclea de si ha sido el extranjero agasajado y honrado cual merece, y luego, seguido de dos hermosos lebreles, dirígese á la plaza pública donde se reunían en aquel momento los ciudadanos de Itaca.

La anciana Euriclea excita la diligencia de las criadas para que limpien y arreglen.

"-Los príncipes, les dice, no tardarán en llegar y hoy ha de ser para la isla entera dia de gran fiesta,"

Entre el ir v venir de las mujeres presentóse Eumeo trayendo tres cerdos, los mejores de sus piaras. Dejólos en el patio, y viendo á Ulises acercóse á él con amistoso semblante.

"-Extranjero, le preguntó, ¿encuentras aquí consideración y respeto, ó siguen maltratándote de palabra

"- ¡Quieran los dioses, Eumeo querido, respondió el hijo de Laertes, imponer pronto castigo á los agravios y ultrajes que hombres perversos cometen en casa ajena, sin sombra de pudor ni vergüenza!"

Llega en esto Melantio para contribuir al banquete de los amantes de Penélope con las más gruesas cabras de sus rebaños, y al ver á Ulises prorumpe en estas insolentes palabras:

"- ¡Aún estás aquí! ¿Has decidido acaso establecerte en palacio? Voy viendo que no nos separarémos sin que hayas sentido la fuerza de mi brazo. Ya me canso de verte mendigar en esta puerta, ¿no hay por ventura otras mesas á donde llevar tu miseria?"

Mueve Ulises la cabeza sin dignarse abrir los labios, | sion tendrías entónces de conocer mi valor y la fuerza de miéntras bulle en su pecho el deseo de la venganza.

Presentóse en seguida Fileto, mayoral de los rebaños de Ulises, trayendo para el festin una becerra y dos | para que Ulises no tarde en presentarse en su devastado cabras; sus miradas se clavan en Ulises, y acercándose á palacio. Eumeo, le pregunta -

"-¿Quién es el nuevo huésped que veo en casa? Sabes su nombre? La desgracia será sin duda su compañera, y tiene notable parecido con el rey, nuestro amo, Ah! :infinitos han de ser los infortunios en que precipitan los dioses á la errante raza de los mortales cuando de tan amargos dias han tejido la vida misma de los reves!

Y adelantándose hacia Ulises, tomóle afectuosamente la mano y le dijo:

"-Si en este momento joh padre mio! pesan sobre tí graves cuitas, quieran los dioses que la dicha corone á lo ménos tus últimos años. Á tu vista, extranjero, me he sentido estremecer v se han llenado de lágrimas mis ojos, tanto es lo que á Ulises te pareces. Al mirarte he creido verle, cubierto cual tú de andrajos, vagar errante por entre remotos pueblos. Pero ¿qué digo? Quizas no existe, quizas su sombra está ya en las riberas de la Estigia, y para siempre habré perdido al mejor de los amos. Niño era yo aún cuando me confió las boyadas que se crían en los campos de Cefalenia, y de tal modo han prosperado bajo mi cuidado, que son hoy casi innumerables. Las mejores reses han de ser traidas á Itaca para los banquetes de los extranjeros, que aquí mandan é imperan sin respeto alguno por el hijo de mi amo, y su andacia llega al punto de querer repartirse los despojos del rey, á quien, por desgracia, inútilmente esperamos. ; Ah! ¡Si supieras los combates que he sostenido en mi corazon! Es claro que miéntras respira el hijo de mi señor sería negro delito huir con mis boyadas en busca de un asilo en otro pueblo; pero es muy duro, créeme, sacrificarse así por extranjeros, y tan cansado estoy de su injusticia, que há tiempo me habría refugiado en las tierras de alguno de los magnánimos soberanos de Grecia, á no alimentar en mi pecho la esperanza de que Ulises volverá un dia (saben los dioses de qué parte de la tierra) para arrojar de su palacio á la temeraria turba.

"-Pastor, dijo Ulises, las apariencias en tí no engañan; por la prudencia se rigen tus acciones y en nada participas de la perversidad y locura que son patrimonio de los hombres. Quiero, pues, hacerte saber importante noticia, y, lo que es más, confirmarla con juramento. Zeus, y este techo hospitalario y este hogar, que es mi asilo, son testigos de la verdad de mis palabras: Ulises no tardará en presentarse en esta casa, y, pues tanto lo deseas, verán tus ojos caer á sus golpes á aquellos que se erigen en despóticos señores.

"- ¡Quiera Zeus, oh extranjero, dar á tus palabras cumplimiento! dijo el pastor admirado y conmovido. Oca-T. II. -96

Con igual fervor implora Eumeo á los dioses todos

No habían cesado los magnates de maquinar en secreto la muerte de Telémaco, cuando de pronto apareció á su izquierda, cerniéndose en los aires, un águila que tenía entre las garras asustada paloma.

"-Amigos, dijoles Anfinomio á la vista del agüero, jamas nuestras tramas han de dar el apetecido resultado: Telémaco vivirá. Así, pues, no pensemos sino en entregarnos á los placeres del festin."

Dijo, y en efecto, á poco, al igual que el dia anterior y que todos los demas, resonó la sala con el estruendo del banquete. Telémaco llamó á Ulises, que permanecía en el patio, y haciéndole sentar en humilde silla junto á una pequeña mesa, le dijo:

"-Siéntate aquí, buen anciano, y tendrás, como todos, tu parte en la comida. No temas los insultos ni las burlas de esos príncipes, pues contra todos te defiendo yo. No es esta pública posada, sino palacio de Ulises, en el que, segun expresa voluntad del rey, he de mandar yo cuando él no exista. Guardaos, pues, joh príncipes! de acciones y palabras ofensivas, y temed provocar en este sitio la discordia v los combates."

Muérdense los pretendientes los labios al escuchar tan arrogantes palabras, y la sorpresa les hace enmu-

"-Preciso es, ilustres principes, dijo al fin Antinoo, que nos sometamos á los mandatos de Telémaco, por altaneros que ellos sean. Sin duda le amparan con su favor los dioses, pues de nó, seguro es que habría caido á nuestros golpes."

Miéntras esto sucedía en el palacio de Ulises, los heraldos acompañaban por las calles de la ciudad una hecatombe al bosquecillo consagrado á Apolo, cuya fiesta se celebraba aquel dia. Allí se dirigía igualmente el pueblo en numerosos grupos.

No bastaron las palabras de Telémaco para contener á los insolentes magnates. Uno había entre ellos de pocos años, pero audaz y orgulloso cual ninguno; Cetesipo era su nombre y Samé su patria; envanecido con la opulencia de su padre, no vaciló en tomar lugar entre los pretendientes á la mano de la deseada reina. Él fué el primero que, levantando la voz, dijo:

«-Oidme, nobles amantes de Penélope; nada más justo que admitir á ese extranjero en nuestros banquetes, pues por humilde y vil que su estado sea, los huéspedes de Telémaco han de ser bien acogidos. Quiero, por lo tanto, que reciba de mi mano una muestra de distincion. un presente con que á su vez pueda gratificar á alouno de los servidores del divino Ulises, n

Y tomando de un cesto inmediato una pezuña de buev lanzóla con fuerza contra el héroe; con un ligero moviyectil pegó contra la pared.

Amarga y siniestra sonrisa asomó en los labios de Illises.

"-Cetesipo, gritó Telémaco con tono amenazador, agradece á no haber dado al extranjero, pues de no ser el golpe evitado, júrote por el cielo que mi lanza te habría atravesado el corazon, y que tu padre, en vez de tu himeneo, habría celebrado aquí tus funerales. En alta voz lo digo: nadie se atreva en este palacio á nuevas insolencias; pues, madurado mi juicio, saben mis ojos distinguir el bien del mal y he dejado ya de ser un niño. Testigo de vuestros excesos, todo hasta hoy lo he llevado con paciencia; á mi vista habeis degollado mis rebaños y apurado la riqueza de mis campos y mis viñas; difícil es luchar solo contra numerosa compañía. Pero si no habeis de cesar en vuestros agravios y desórdenes, vo os coniuro á que hundais una espada en mi pecho, v todavía os quedaré agradecido. Sí, ántes morir que sufrir por más tiempo tan horribles atentados, que ver á mis huéspedes maltrechos, y á nuestras esclavas azotadas por vosotros ó vilmente deshonradas."

Más aún creció la sorpresa de los comensales al escuchar tan imprevistas palabras; ninguno se atrevió á responder, hasta que al fin Agelao, hijo de Damastor, rompiendo el silencio, dijo:

"-Amigos, muy justo es lo que Telémaco ha dicho, y por lo mismo, lejos de excitar nuestra cólera, ha de movernos á evitar todo motivo de discordia. Nadie se atreva á poner las manos en ese extraniero, respetemos todos á los servidores del gran Ulises; pero al propio tiempo voy á dar á Telémaco y á su madre un amistoso consejo. Miéntras ha podido abrigarse alguna esperanza de volver à ver al prudente Ulises, nadie ha podido condenar vuestra indecision, y por lo mismo que nos detuviérais en este palacio sin resolver acerca de la pretension nuestra. Si al fin Ulises se hubiese presentado, si estos hogares hubiesen recibido de nuevo á su señor, todos habrían puesto por las nubes vuestra prudencia v buen acierto. Pero ahora que es evidente la imposibilidad de su regreso, procede que, presentándote á tu madre, la decidas á conceder su mano á aquel que la merezca por sus buenas cualidades y opulentos dones. Cuando esto suceda, entrarás tú en posesion de los bienes todos de tu padre, y siempre con la copa en la mano, humeante siempre para tí la carne de las víctimas. será tu vida una cadena de felicidades. Tu madre partirá v te cederá este palacio.

"-Juro por Zeus, respondió Telémaco con calma, y tambien por los infortunios de mi padre, que ha perecido lejos de Itaca ó que lleva todavía por desconocida region sus errantes pasos, que no me opongo al himeneo de mi madre, sino que, ántes bien, la exhorto á dar su mano á un hombre que con corazon generoso pueda hacerla venturosa. Pero mi cariño y mi respeto á un

miento de cabeza logró éste esquivar el golpe, y el pro- | tiempo me prohiben emplear duras palabras para expulsarla de esta casa. ¡Librenme los dioses de tanta

Con impertinentes carcajadas fueron recibidas estas prudentes palabras; pero á poco, como anticipado aviso de los sucesos que se preparaban, desapareció la risa de los labios de los comensales; de la carne asada de las víctimas chorreó sangre; á los ojos de todos asomaron involuntarias lágrimas, y el duelo dominó en sus cora-

En aquel momento se levantó el adivino Teoclimenes y con voz terrible gritó:

"-¿Por qué, desventurados, esa súbita mudanza? ¿Qué suceso funesto ha pasado por vosotros? Estov viendo que os rodea por todos lados sombría nube; oigo gemidos, lágrimas surcan vuestras mejillas; corre á rios la sangre por las paredes y las colunas, y el pórtico y el patio llenos están de sombras que corren á precipitarse al negro Erebo; desaparece el sol, y la mansion de Hades envía hasta aquí sus densas tinieblas."

Pero vanos son estos avisos; los magnates se dan de nuevo á la risa, y tomando la palabra Eurímaco, dijo:

"-Ese extranjero estará loco. Esclavos, cogedle acompañadle á la calle, pues de tal modo confunde en esta sala el dia con la noche.

"-No necesito que nadie me acompañe, repuso Teoclimenes, porque mis ojos ven muy claro, mis oidos oven bien distintamente, y mi juicio discierne aun mejor. Sin que nadie me guíe sabré hallar la salida del nalacio y de él me iré con gusto, pues previendo estov las desgracias que van á caer sobre vuestras cabezas. De ellas no se librará ninguno de vosotros, hombres temerarios que en la mansion de un héroe ultrajais á los extranjeros y os entregais cada dia á la violencia é injusticia."

Y al mismo tiempo atravesó la sala v salió del palacio, encaminándose á la morada de Pireo.

Para más irritar á Telémaco, deshácense los príncipes en invectivas contra sus huéspedes.

"-En materia de extranjeros, dijo uno de ellos chanceándose, dudo exista hombre más desgraciado que Telémaco. Al lado de ese miserable mendigo, medio muerto de hambre y miseria, se levanta ese otro no ménos desconocido, dándose aires de profeta. De creerme, arrojaríamos á los dos á una nave que los llevase á las costas de Sicilia; si lograses venderlos, joh príncipe! quedaba hecha tu fortuna.

No se digna Telémaco contestar al insulto; con los ojos fijos en el rostro de su padre, no vé el instante en que le dará éste la señal de acometer espada en mano á sus arrogantes enemigos.

En un extremo de la sala y sentada en magnifico sitial en la puerta del gineceo, la virtuosa Penélope oía las insolencias de sus pretendientes, hasta que, dejándoles entregados á la algazara y á la orgía, dirigióse, seguida de sus camareras, á retirado recinto donde eran

onardados los más preciosos tesoros del monarca, oro, | nosotros héroes como el hijo de Laertes; mis ojos en otro bronce v hierro labrado. Allí estaba el famoso y terrible arco de Ulises, y junto á él el inmenso carcai, lleno de mortiferas flechas.

Era aquella arma antigua y estimada prenda de la amistad del héroe Ifitos, hijo de Euritos. Ulises le encontró en el palacio del valeroso Orsíloco, en Messenia, cuando, enviado por su padre Laertes, allí estuvo nidiendo reparacion del agravio inferido á Itaca por unas naves messenias que robaron en la isla tres pastores con sus rebaños, compuestos de trescientas ovejas, Tfitos había emprendido el viaie que tan funesto había de serle, para reclamar de Heracles los caballos ó bneves que á Euritos habían sido robados 1, y entónces fué cuando regaló al jóven Ulises el arco que su padre usara en las batallas. Á su vez el hijo de Laertes le hizo presente de una espada y una lanza, prendas de una amistad que el Hado no les permitió cultivar, pues jamas se volvieron á ver. Cuando Ulises, surcando el mar, marchaba á leianas tierras á arrostrar los azares de la guerra, solía dejar en su palacio la terrible arma, tanto era lo que temía perderla; pero jamas la abandonaba en sus excursiones por la isla.

Con raudales de llanto descolgó Penélope, ayudada de sus criadas, el formidable arco y el temido carcaj: con ellos se dirigió otra vez á la sala, signiéndola sus camareras, que llevaban un cofrecillo con las sortijas de bronce que sirvieron para los nobles ejercicios del rev de Itaca. En el umbral se detuvo la reina, y con maiestuoso acento diio -

"-Esforzados principes que en la ausencia harto larga de mi esposo habeis venido á este palacio como á tierra conquistada, v sin más pretexto que el deseo de disputaros mi posesion os entregais en él á continuos banquetes y no soltais de la mano la copa, oid lo que voy á deciros. Pues llegado es el dia en que he de ser premio que corone vuestra constancia, entre vosotros pongo el arco famoso del divino Ulises; aquel que logre armarlo y atraviese con rápida saeta esas doce sortijas. alcanzará mi mano, v dejando este palacio, cuyos umbrales pasé en la primayera de la vida, le seguiré á su morada.

Por órden de Penélope, el pastor Eumeo coloca en medio de la sala el arco y las brillantes sortijas, no sin derramar lágrimas al tocar aquellos venerados objetos. Tambien Fileto suspira al verlos, y esto atrajo á ámbos dura reconvencion por parte de Antinoo.

"-Gente idiota y de poco entendimiento, díjoles enfurecido. ¿Por qué aumentais con vuestros sollozos la profunda pena que á esa viuda aflige? Comed sin decir Palabra los manjares que teneis delante, ó sino salid fuera, dejando aquí el terrible arco, del cual dudo pueda nadie tenderlo sin muy grandes esfuerzos. No hay entre

Á pesar de estas modestas palabras, abrigaba Antinoo gran confianza de ser el único que podría manejar el arco y de alcanzar, por lo mismo, la victoria. No sabía el infeliz que había de ser el primero en caer al impulso de aquella arma poderosa.

Telémaco toma entônces la palabra y dice:

"- Oué he oido! Mi madre, cuya discrecion es por todos reconocida y respetada, expresa su resolucion de dejar al fin este palacio para seguir á un segundo esposo, y yo, jóven é insensato, no he prorumpido en llanto y continúo gozando los placeres del festin, : Así Zeus ha ofuscado mi juicio! Príncipes, abierta está la liza, donde habeis de disputaros una muier como no la hallaríais en Grecia igual, por más que corrieseis sus más famosas ciudades, Argos, Micenas, Pilos y la escabrosa tierra de Itaca y la feraz de Epiro. Sabido lo teneis joh príncipes! y no está bien en mí el elogio de mi madre. Sin más dilacion hágase la prueba v veamos quién es el vencedor. Tambien vo quiero probar mis fuerzas en ese ejercicio; si cediera el arco á mis esfuerzos, si lograse imprimir á la flecha afortunado vuelo, evitaríame el dolor de ver á mi adorada madre ir en pos de un nuevo esposo y de quedar solo en este palacio, pues de seguro que no abandonaría á un hijo capaz de defenderla y de alzarse á los altos hechos de su

Dijo, y levantándose, despojóse del manto y de la espada; alineó y afirmó en el patio las doce sortijas, y colocado en la puerta y con el arco en la mano intentó armarlo. Por tres veces, con vigoroso esfuerzo, lo dobla. pero otras tantas se le escapa la cuerda de la mano: no pierde, sin embargo, la esperanza de alcanzarlo, y su obstinada constancia, con un cuarto y mayor esfuerzo, habría conseguido el triunfo á que aspiraba, á no contenerle una señal de Ulises. Sin vacilar obedeció, y con fingido sentimiento dijo:

"-No puedo, bien lo veo. Ó mi corta edad no me permite distinguirme en estos juegos, 6, lo que sería aún peor, quizas careceré siempre de vigor y gloria. ¿Cómo ¡ay de mí! podré castigar al adversario que se atreva á insultarme? Vosotros, que sin duda me sobrepujais en fuerzas, probad á coger el arco, y pongamos fin al com-

Y dejando el arma apoyada en la puerta, se retiró detras de todos.

"-Compañeros, gritó Antinoo, venid uno á uno, empezando por la derecha, á tomar parte en la lucha.

Aprobadas por unanimidad sus palabras, á Leodes, hijo de Enopio, toca entrar el primero en la liza. Ejercía Leodes el oficio de augur, v veíasele constantemente sentado junto al hogar consultando con atenta mirada las abrasadas ofrendas: entre todos los pretendientes era el

tiempo le vieron, y aunque era vo entónces muy niño, no se ha borrado su imágen de mi memoria.

t Véase tomo II, pág. 36.